



UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

Artículo de Investigación
<https://doi.org/10.35588/cc.v2i2.5219>



Álvaro Muñoz Ferrer

alvmunoz@gmail.com

Departamento de Filosofía

Facultad de Artes Liberales

Universidad Adolfo Ibáñez

<https://orcid.org/0000-0003-4928-8466>

Artículo recibido: 21 de octubre de 2021

Artículo aceptado: 09 de noviembre de 2021

Artículo publicado: 30 de diciembre de 2021



La pregunta por la economía de mercado: crisis perturbadora y producción provocante

The Question Concerning Market Economy: Disturbing Crisis and Provocative Production

Resumen

El presente artículo tiene por objetivo plantear la pregunta por la técnica económica en el sentido heideggeriano del preguntar. Con “sentido heideggeriano” nos referimos al modo en el que Heidegger plantea la pregunta por la técnica a partir de la *perturbación* que provoca la técnica moderna. En otras palabras, nos preguntamos por “la” técnica económica inspirados por las consecuencias – pasadas, actuales y potenciales – de la técnica económica moderna: la economía de mercado. El trabajo procederá de la siguiente manera. En primer lugar, planteamos la pregunta por la técnica económica explicando los motivos que nos llevan a ella y la inspiración heideggeriana de esta pregunta. En particular, apuntamos al fenómeno de la crisis económica en su sentido contemporáneo. En segundo lugar, buscaremos mostrar que, tal como hizo Heidegger con la técnica, no es posible hablar de “la” economía, sino que será necesario distinguir entre una economía antigua y una economía moderna. En tercer lugar, recurriremos al estudio histórico-antropológico de Karl Polanyi para describir la distinción entre ambos modos de concebir lo económico. En cuarto lugar, a partir de la descripción anterior mostraremos que la economía de mercado no es un mero instrumento para la producción de condiciones materiales, pues está caracterizada por una esencia *provocante*. Finalmente, concluiremos en torno a las consecuencias y posibilidades de esta descripción filosófica de la economía de mercado.

Palabras clave: Economía de mercado, Martin Heidegger, Karl Polanyi, Filosofía de la economía.

Abstract

The present article aims to propose the question of economic technique in the Heideggerian sense of asking. By "Heideggerian sense" we refer to the way in which Heidegger proposes the question of technique from the *disturbance* caused by modern technique. In other words, we ask about "the" economic technique inspired by the consequences – past, current, and potential – of modern economic technique: the market economy. The work will proceed as follows. First, we present the question of economic technique, explaining the reasons that lead us to it and the Heideggerian inspiration behind this question. In particular, we point to the phenomenon of the economic crisis in its contemporary sense. Second, we will seek to show that, as Heidegger did with technique, it is not possible to speak of "the" economy, but it will be necessary to distinguish between an ancient economy and a modern economy. Third, we will turn to the historical-anthropological study of Karl Polanyi to describe the distinction between these two ways of conceiving the economic. Fourth, from the previous description we will show that the market economy is not a mere instrument for the production of material conditions, as it is characterized by a *provocative* essence. Finally, we will conclude on the consequences and possibilities of this philosophical description of the market economy.

Keywords: Market economy, Martin Heidegger, Karl Polanyi, Philosophy of economics

1. Introducción

En su célebre conferencia “La pregunta por la técnica” de 1953, Heidegger distingue, como explica Acevedo (2019), “una determinación correcta de la técnica de su interpretación verdadera” (p. 59). La motivación heideggeriana es advertir que, si bien la determinación correcta tiene cierta validez, ella no es plenamente verdadera y, en consecuencia, si se quiere alcanzar esa verdad debemos avanzar hacia un plano esencial de lo técnico. Para alcanzar esta interpretación verdadera, Heidegger se vale del análisis aristotélico de las cuatro causas (Heidegger, 2019, p.76-77) y de la interpretación etimológica de la palabra técnica – en griego, *τέχνη* – para concluir que la esencia de la técnica no es en absoluto una cuestión humana y que, en consecuencia, no se trata de un simple instrumento neutral dispuesto para que el ser humano resuelva sus necesidades materiales. Para Heidegger, la técnica no es un medio, sino “un modo del desocultar” (Heidegger, 2019, p.79). Con esto Heidegger quiere decir que la técnica en su sentido griego se refiere a un producir como un hacer aparecer “lo que por sí mismo no se produce, ni está aún ahí adelante de nosotros, por lo que puede tener-lugar ya de una manera, ya de otra” (Heidegger, 2019, p.80). Esto implica, entonces, que “lo decisivo de la *τέχνη* no estriba, de ninguna manera, en el hacer y manipular; tampoco en aplicar medios, sino en el citado desocultar” (Heidegger, 2019, p.80).

Heidegger ejemplifica lo anterior con objetos cotidianos:

Quien construye una casa o un barco o forja una copa sacrificial, desoculta lo que hay que pro-ducir según los respectos de los cuatro modos del dar-lugar-a. Este desocultar reúne de antemano el aspecto y la materia de barco y de casa sobre la cosa intuida, acabada y lista, y determina desde ahí el modo de la confección (Heidegger, 2019, p.80).

En síntesis, la técnica desvela, hace aparecer aquello que permanecía oculto. Por eso, Heidegger recurre a la palabra griega *ἀλήθεια* para describir al desocultar: “para designarlo, los griegos tenían la palabra *ἀλήθεια*. Los romanos la tradujeron por *veritas*. Nosotros decimos “verdad”, y la entendemos comúnmente como rectitud del concebir [representar: *Vorstellen*] (Heidegger, 2019, p.79).

Ahora bien, hemos dicho que la motivación de Heidegger es mostrar que lo esencial de la técnica escapa a lo puramente instrumental. Sin embargo, su análisis no tiene como punto de partida la técnica en abstracto, sino la técnica moderna. Heidegger lo menciona explícitamente al conceder una objeción posible a esta determinación esencial de la técnica: “se puede objetar que vale, ciertamente, para el pensar griego y que conviene, en el mejor de los casos, a la técnica manual, pero que no puede aplicarse a la moderna técnica de máquinas”. Y luego agrega: “Y precisamente, *solamente ella es la que nos perturba* y mueve a preguntar por “la” técnica” (Heidegger, 2019, p.80)¹. Es decir, Heidegger plantea la pregunta por “la” técnica a partir de una perturbación [*Beunruhigende*], una inquietud provocada por la técnica moderna. Ahora bien, si hemos aceptado que la técnica es un desocultar, tiene sentido preguntar si la técnica moderna, caracterizada por la

¹ Las cursivas son nuestras.

relación entre técnica y ciencia, comparte esta determinación esencial. La respuesta de Heidegger es afirmativa: la técnica moderna “es también un desocultar [...]. Ahora bien, el desocultar que domina a la técnica moderna no se despliega en un producir en el sentido de $\pi\acute{o}\iota\eta\sigma\iota\varsigma$. El desocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone a la naturaleza en la exigencia de liberar energías, que *en cuanto tales* puedan ser explotadas y acumuladas”. (Heidegger, 2019, p. 80-81)

La técnica manual, entonces, desoculta en el sentido de un producir, mientras que la técnica moderna lo hace en el sentido de un provocar. Hemos llegado a una distinción crucial, pues a partir de este punto Heidegger advertirá sobre el peligro que entraña vivir en la era de la técnica moderna: el desocultar provocante de la técnica moderna nos dispone a concebir todo como un *constante* [*Bestand*]. Como explica Acevedo (2019, p.62-63), “la palabra ‘constante’ es preciso entenderla en el sentido de ‘objetos de encargo’, ‘existencias’ [...]; o también, en el sentido de stocks, reservas, fondos, subsistencias”. De este modo, la naturaleza aparece como un mero objeto dispuesto para el ser humano e incluso el propio ser humano deviene “material humano” – aunque jamás un mero constante, afirma Heidegger (2019) –. Así, el peligro comienza a quedar al descubierto. El riesgo no reside en los aparatos técnicos, sino en la esencia de la técnica moderna, pues “el dominio de lo dispuesto amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda rehusarse a retrotraerse a un desocultar más originario y así negarse a experimentar el aliento [*Zuspruch*: llamada] de una verdad más inicial” (Heidegger, 2019, p.89). La amenaza, entonces, es que el dominio del desocultar provocante haga que todo se represente en el desvelamiento de lo constante y que, en consecuencia, acabemos por abandonar definitivamente otros modos de desocultar, sometiéndonos a los dictados exclusivos del pensar calculador. De esta manera, en palabras de Heidegger, “el hombre de la era atómica quedaría entregado, inerme y sin amparo, a la irresistible preponderancia de la técnica” (Heidegger, 1994, p.26).

Hasta aquí solo hemos descrito la lógica de la reflexión heideggeriana sobre la técnica, es decir, dimos cuenta del trayecto de la reflexión desde la pregunta por la técnica hasta su conclusión en torno al peligro de la técnica moderna. Hemos explicitado este trayecto para emplearlo como instrumento analítico para plantear la pregunta por la técnica económica moderna o también denominada economía de mercado. Tal es el objetivo del presente trabajo. Como Heidegger, esta técnica nos perturba y nos obliga a preguntar por su esencia. En nuestro caso, la perturbación o inquietud remite a la noción de crisis, es decir, nos preguntamos por la economía de mercado motivados por su aparente tendencia a la crisis, pues queremos saber si en la esencia de esta particular técnica existe algún elemento que permita explicar esta propensión. El trabajo transcurrirá del siguiente modo: plantearemos la pregunta por la economía de mercado y, tal como debió hacer Heidegger con “la” técnica, mostraremos la necesidad de distinguir entre la economía de mercado y la economía antigua en términos de modos de producción². El punto de partida de esta distinción será la noción de crisis económica, pues nos parece que su caracterización moderna constituye un factor perturbador que empuja al preguntar. Luego, recurriremos al análisis económico y antropológico de Karl Polanyi, ya que este pensador describió con minuciosidad el proceso de

² Esta distinción se plantea en el plano productivo, es decir, entendemos la categoría “economía de mercado” como el modo de producción que surge con el *laissez faire* y que, como afirma Polanyi (2018), se caracteriza por fundarse por primera vez en la historia de la humanidad sobre mercados autorregulados y sobre mercancías ficticias: el trabajo y la tierra.

transformación de las economías de las civilizaciones preindustriales a los sistemas económicos basados en mercados autorregulados contemporáneos. Tras la descripción de Polanyi, indagaremos en lo propio de la economía de mercado para dar cuenta de ella en su ámbito esencial y buscaremos mostrar que ella comparte el diagnóstico heideggeriano de la técnica moderna. En otras palabras, la economía de mercado – a diferencia de los modos de producción previos – consiste en un modo de desocultar *provocante*. Finalmente, concluiremos en torno a los peligros antropológicos de esta disposición y las posibilidades de futuro.

2. La crisis económica moderna como *perturbación inicial*

Hemos afirmado que el objetivo de este trabajo es plantear la pregunta por la técnica económica moderna en el sentido heideggeriano del preguntar. Emplearemos, entonces, su estructura reflexiva. Identificamos como punto de partida de esa reflexión la perturbación o inquietud que genera la técnica moderna. Esto es relevante: Heidegger no se pregunta por “la” técnica en abstracto, sino que pregunta porque ha sido perturbado por “una” técnica, la técnica de su época y, por cierto, de la nuestra. Esta inquietud o perturbación es evidente a lo largo de la conferencia “La pregunta por la técnica”. Heidegger lo afirma explícitamente cuando dice que “solamente ella [la técnica moderna] es la que nos perturba y mueve a preguntar por “la” técnica” (Heidegger, 2019, p.80)³, pero también lo expresa con nitidez al analizar el caso de la central hidroeléctrica instalada en el Rin. Así describe Heidegger dicha instalación: “La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rin como los viejos puentes de madera, que, desde hace siglos, unen una orilla con la otra. Más bien, está el río construido [obstruido: *verbaut*] en la central” (Heidegger, 2019, p.81). Es decir, la técnica moderna ha invertido la relación con la naturaleza. La técnica antigua ocupaba un lugar en la naturaleza, mientras que la técnica moderna despliega una relación de exigencia o provocación con su entorno. Es la naturaleza la que debe aparecer como un constante, siempre disponible para la explotación o, en palabras de Heidegger, “la naturaleza se convierte en una única y gigantesca ‘estación de servicio’, en fuente de energía para la técnica y la industria modernas” (Heidegger, 1994, p.25). De este modo, hoy es la naturaleza la que debe adaptarse a la técnica y no a la inversa, como ocurría con la técnica manual.

Esta constatación es evidentemente perturbadora y empuja al preguntar. En nuestro caso, vemos con similar inquietud el impactante despliegue omnipresente de lo económico en las sociedades contemporáneas. En particular, identificamos la crisis económica como el factor perturbador que nos mueve a la interrogación. Analicemos, entonces, qué entenderemos por crisis económica. Para eso, en primer lugar, nos parece relevante describir el concepto de crisis en general, pues, como se verá, existe un interesante progreso semántico desde su origen hasta su interpretación económica que conviene estudiar.

En otro trabajo hemos mostrado que el concepto de crisis tiene un largo desarrollo en la filosofía, desde la filosofía aristotélica hasta los trabajos contemporáneos de Habermas:

³ La expresión entre corchetes es nuestra.

Como señala Habermas, el concepto de crisis ha sido largamente discutido en filosofía: desde la idea de crisis como “punto de inflexión de un proceso fatal, fijado por el destino” (1999 20) en Aristóteles, la tesis de “crisis sistémica” que plantea Marx por primera vez en el siglo XIX (21) y los desarrollos posteriores como los del propio Habermas a través de la teoría de sistemas, la humanidad ha intentado entregarle significado a este concepto que Koselleck ha denominado “indicador de una nueva conciencia” (2007 141), pues representa un cambio que debe ser interpretado; es, a la vez, diagnóstico de un presente inestable y pronóstico crítico del porvenir⁴ (Muñoz 2020b).

El origen etimológico del concepto remite a la palabra griega κρίσις que quiere decir “juicio” o “decisión”. A partir del siglo V a.C., gracias a la influencia de Hipócrates, la noción de “crisis” adquirió una connotación médica en el sentido de una “mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo” (Cortés, 2011). El estudio de la evolución del uso de la palabra crisis en Koselleck (2016) muestra que la acepción médica fue la principal inspiración semántica del concepto y que, tras su origen en la Antigüedad, el término se desplegó en el lenguaje popular hacia la Edad Media para finalmente independizarse de lo médico e incorporarse en diversas disciplinas a partir del siglo XVIII. No es coincidencia que la independencia conceptual de la palabra “crisis” aparezca en este periodo, pues, como es sabido, a partir de 1760 comienza la Revolución Industrial y, con ella, comienza un proceso de cambio que alteró de forma permanente y en todos sus ámbitos la vida humana.

Uno de los campos centrales en este proceso de cambio revolucionario fue la economía. De acuerdo al estudio de Koselleck, la economía y la noción de crisis influyeron notablemente en el proceso de industrialización:

A partir de la Revolución Francesa, crisis será central para la interpretación, tanto de la política, cuanto de la historia social. Lo mismo vale para la duradera Revolución Industrial, que fue acompañada e influida por la doctrina de la actividad económica [Konjunkturlehre] y de la crisis (Koselleck, 2016, p.105)

La palabra *Konjunkturlehre* que Koselleck emplea para hacer referencia a la actividad económica puede traducirse del alemán como “teoría del ciclo económico”. Belloch remite al concepto con la expresión “ritmo económico” [economic rythm]⁵. En la teoría económica moderna *mainstream*⁶ es

⁴ Los textos mencionados en la cita son los siguientes: Habermas, J. (1999). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Traducido por José Luis Etcheverry. España: Amorrortu [1973]; Koselleck, R. (2007). *Crítica y crisis: Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. España: Trotta [1973]

⁵ La versión de D. H. Belloch corresponde a la traducción del texto “Konjunkturlehre” (1928) del economista alemán Ernest Wagemann. Belloch tituló su traducción como “Economic Rhythm: A Theory of Business Cycles” y apareció en 1930 bajo la editorial McGraw-Hill Book en Nueva York.

⁶ La expresión “mainstream economics” refiere a la teoría económica ortodoxa, esto es, la teoría de la escuela neoclásica y, además, la síntesis neoclásica que incluye los aportes de John Maynard Keynes. La expresión se le atribuye a Paul Samuelson, pues la utiliza en su texto “Economía” [Economics] publicado originalmente en 1948.

generalmente aceptada la definición del ciclo económico como el conjunto de dos fases: expansión y contracción. Ambas remiten al nivel general de actividad de un país, esto es, “las magnitudes de la producción, el empleo, los ingresos, la inversión y el crédito, principalmente, que en determinados momentos existen en el conjunto de la economía” (Vargas, 2006, p. 4). La palabra *Konjunkturlehre*, entonces, o la expresión “ciclo económico”, permiten comprender el vínculo entre economía y crisis en el siguiente sentido: para la economía moderna, la crisis está incluida al interior del proceso económico, es una fase e incluso tiene un rol asociado al progreso. Como apunta Koselleck:

Las crisis aparecen entonces, siempre cuando, dicho burdamente, el equilibrio entre oferta y demanda; entre producción y consumo; entre dinero y mercancía circulantes se daña de tal modo que por doquier se hace visible la recesión, el retroceso. Pero al mismo tiempo, la experiencia previa enseña que a una crisis siguió siempre una subida general de producción (Koselleck, 2016, p. 109)

Lo anterior quiere decir que las crisis son, como afirma Koselleck, “generadoras de progreso” (Koselleck, 2016, p.110). Esto lo reafirma Schumpeter al describir la crisis como una cuestión natural al interior del ciclo económico, como un paso más del proceso. En palabras de Schumpeter:

El auge finaliza y la depresión comienza después del periodo de tiempo que debe mediar antes de la aparición en el mercado de los productos de las nuevas empresas. Y un nuevo auge sucede a la depresión cuando se haya terminado el proceso de reabsorción de las innovaciones. (Schumpeter, 1997, p.215)

Más aún, Schumpeter da inicio al capítulo de ciclo económico de su obra “Teoría del desenvolvimiento económico” con la frase “la siguiente teoría de las crisis, y más correctamente, de las fluctuaciones económicas recurrentes” (Schumpeter, 1997, p.213), aclarando aún más la “normalidad” de la crisis económica.

En síntesis, podemos afirmar que, en economía, la crisis es un paso natural entre dos etapas del ciclo económico. Es aquello que separa al auge de la depresión, a la expansión de la contracción, al progreso del estancamiento. Es relevante notar que la naturalidad de la crisis tiene su origen en la noción de equilibrio⁷. Esta idea surge de la metáfora de la “mano invisible” de Adam Smith y, como explica Nadal (2019), consiste en que, “dadas las preferencias de los agentes individuales, la tecnología y las dotaciones de una economía, si se deja actuar libremente a las fuerzas competitivas del mercado, la economía alcanza una posición de equilibrio” (p.513). A partir de esta idea, la denominada Teoría del Equilibrio General (TEG) se instaló como el corazón de la teoría económica moderna y dio cuenta de la crisis como lo opuesto del equilibrio. Dicho de otro modo, la crisis es el desequilibrio y, como el desequilibrio es siempre una posibilidad a partir de shocks exógenos, entonces adquiere un carácter natural. Esto último es relevante, pues, como muestra Garcés (2012), la teoría neoclásica – la escuela económica dominante – niega la existencia de crisis sistémicas: la crisis, aunque natural, siempre es producto de “choques o desajustes externos” o el “resultado de malas intervenciones gubernamentales” (p.84).

⁷ Agradezco los comentarios del (de la) revisor(a) anónimo(a) de este artículo respecto de este asunto.

Ahora bien, cuando observamos las consecuencias humanas de la crisis económica tenemos que aceptar que no puede ser apenas un “paso”. La crisis, dependiendo de su gravedad y duración, implica desempleo, pobreza, escasez de bienes y otros asuntos que disminuyen notoriamente la calidad de vida de las personas. ¿Cómo algo que atenta en contra del sustento de la vida podría concebirse como una mera etapa de un ciclo? ¿No debiera la economía abordar la crisis como algo que debe ser resuelto y no como algo que debe seguir su curso? Esta pregunta nos lleva a la motivación perturbadora del preguntar. Constatar que la crisis, con todas sus consecuencias humanas, es algo que se considera natural y previsto nos empuja a preguntar por la economía. ¿Es la crisis una cuestión “económica”, es decir, propia de la economía como actividad humana o se trata de una característica de la economía de nuestro tiempo? Schumpeter nos ofrece una pista inicial para desvelar este asunto:

El descubrimiento decisivo que resolvió la cuestión y desplazó al mismo tiempo nuestro problema a una base un tanto diferente, consistió en establecer el hecho de que existe, al menos, una clase de crisis que forma elementos o al menos incidentes normales, si no es que necesarios de un movimiento ondulatorio de prosperidades y depresiones que han prevalecido *en la vida económica desde que se inició la era capitalista* (Schumpeter, 1997, p.223)⁸.

La crisis en cuanto que etapa del ciclo económico es, como declara Schumpeter, una característica de la economía “desde que se inició la era capitalista”, es decir, de la economía de mercado. Concebir la crisis como un estadio “normal” al interior de un “movimiento ondulatorio de prosperidades y depresiones” es un asunto que nos inquieta, pues hace aparecer como natural el sufrimiento humano en lo respectivo a sus necesidades materiales, pero que no podemos, a la luz de lo expresado por Schumpeter, extender esta perturbación a “lo” económico en general. De este modo, tal como hiciera Heidegger con la técnica, planteamos la pregunta por la economía de mercado a partir de una perturbación o inquietud característica de ella, la economía de la era capitalista, y no necesariamente de “la” economía.

Siguiendo con Heidegger, la pregunta por la economía de mercado es la pregunta por su esencia. Este paso es de capital importancia dado que, para entender el fenómeno económico moderno, no podemos valernos de los instrumentos técnicos de la economía, pues ellos, como dice Heidegger, nos llevarán a una determinación correcta de la técnica, pero no verdadera. Para conocer la interpretación verdadera debemos dirigirnos a su esencia y esto es un asunto filosófico, no económico. Con esto queremos señalar lo siguiente: Schumpeter y los economistas tienen razón. La crisis es ciertamente una etapa del ciclo económico. Con sus herramientas, la economía puede describir esta etapa e incluso sugerir futuras ocurrencias. Sin embargo, si inquietados por la crisis queremos adentrarnos en los fundamentos epistemológicos de la economía, entonces necesariamente debemos abandonar las herramientas económicas y pasar del pensar calculador al pensar filosófico. Es lo que Heidegger describió con la frase “la ciencia no piensa”⁹. En el siguiente

⁸ Las cursivas son nuestras

⁹ La célebre frase “la ciencia no piensa” significa que “la *ciencia* no se mueve en la *dimensión de la filosofía*, pero está, sin que ella lo sepa, referida a esa dimensión”. Heidegger ejemplifica esto con la física: “yo no puedo, por ejemplo, con métodos

apartado, recurriremos a la investigación de Karl Polanyi para, en primer lugar, mostrar que la economía de mercado es una excepción histórica y, en segundo lugar, que ella contiene una diferencia esencial con otros modos económicos pasados.

3. La economía de mercado: una excepción histórica

La crisis económica moderna nos ha llevado a preguntar por la economía de mercado. Como se ha afirmado, preguntamos para acercarnos a un ámbito esencial de la economía. El objetivo de este acercamiento es evaluar qué es lo propio de la economía de mercado, cuál es su esencia y qué la diferencia de la esencia de otros modos de producción. Este objetivo nos exige un análisis comparativo entre la economía de mercado y formas productivas precapitalistas en el mismo sentido que Heidegger debió comparar la técnica moderna con la técnica manual para observar el desocultar provocante de la técnica de nuestra era. Para establecer esta comparación utilizaremos la investigación histórica-antropológica de Karl Polanyi, pues ella aborda la economía desde un plano filosófico-histórico-antropológico y no puramente técnico-económico.

Durante la década de 1950, Polanyi enseñaba un curso de historia económica en la Universidad de Columbia e investigaba la vida económica de las sociedades arcaicas y primitivas (Polanyi-Levitt, 2018). El objetivo del pensador húngaro era demostrar que los supuestos de la economía de mercado surgida a partir del siglo XVIII – con la Revolución Industrial –, y consolidada en el siglo XIX, no eran universales. Para Polanyi, asuntos como la escasez, la lógica de los precios fijados por el mercado y otras dinámicas distintivas de las sociedades de mercado no son observables en economías precapitalistas. Por lo tanto, uno de los aportes más relevantes de su trabajo consiste en ofrecer evidencia para afirmar que los supuestos y lógicas de la teoría económica moderna no son, en absoluto, transferibles a otras formas de organización. En otras palabras, no es posible hablar de “la” economía cuando nos referimos al sistema económico contemporáneo – la economía de mercado –, ya que sus presupuestos y lógicas de funcionamiento solo tienen sentido dentro de sus propios márgenes. Sin embargo, indica Polanyi, esta evidencia no ha sido tenida en cuenta. Desde Adam Smith en adelante, la economía ha intentado extender las lógicas del mercado moderno más allá de sus fronteras, aplicándolas incluso a formas de intercambio precapitalistas. Así lo explica Polanyi:

Nada menos que un pensador como Adam Smith sugirió que la división del trabajo en la sociedad dependía de la existencia de los mercados, o, como lo expresó, de la “propensión [del hombre] al trueque, al trato y al intercambio de una cosa por otra”. Con posterioridad, esta afirmación sustentó el concepto de Hombre Económico. (Polanyi, 2017, p. 104)

Con “hombre económico” – también llamado *homo œconomicus* – Polanyi se refiere a la subjetividad que surge con el sistema económico de fines del siglo XVIII y cuyo rasgo central sería

físicos decir lo que sea la física. Lo que sea la física yo sólo lo puedo pensar a la manera del preguntar filosófico” (Heidegger, 1980, p.176). La economía no es una ciencia exacta como la física, pero en cuanto que disciplina con pretensión científica, comparte esta misma característica.

la propensión natural al intercambio en base a la persecución del propio interés. En “Nacimiento de la biopolítica”, Foucault ofrece un análisis de la filosofía liberal e identifica el origen de este peculiar modo de concebir la subjetividad en el empirismo de David Hume:

Para simplificar y a la vez en forma un poco arbitraria, partiré, como dato previo, del empirismo inglés y de la teoría del sujeto desplegada efectivamente por la filosofía empírica inglesa, considerando -insisto, con un recorte un poco arbitrario que en esa teoría del sujeto tal como la encontramos en dicha filosofía se produce probablemente una de las transformaciones teóricas más importantes del pensamiento occidental desde la Edad Media (Foucault, 2008, p.311)

Después de los aportes de Hume, la idea de una subjetividad fundada sobre la búsqueda del interés individual quedará propiamente definida por los economistas neoclásicos. Foucault la define en los siguientes términos:

Y este *homo oeconomicus* socio del intercambio implica, claro está, un análisis de su esencia, una descomposición de sus comportamientos y maneras de actuar en términos de utilidad que se refieren, por supuesto, a una problemática de las necesidades, ya que a partir de éstas podrá caracterizarse o definirse, o en todo caso podrá fundarse, una utilidad que introducirá el proceso de intercambio (Foucault, 2008, p.264)

Lo que muestra Foucault es que la subjetividad económica que surge a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se construye a partir de una reducción de la totalidad del comportamiento humano a la búsqueda de la utilidad individual. Con utilidad nos referimos al ordenamiento racional de preferencias por parte de los individuos¹⁰. Ahora bien, este modo de concebir la subjetividad tiene, de acuerdo a Polanyi, dos problemas. El primero es el que ya hemos mencionado: la tendencia a desplegar esta subjetividad a la humanidad completa, incluso a la humanidad de la era precapitalista. Esta pretensión universalizante de la subjetividad económica inspirará lo que Polanyi denomina “falacia económica”, esto es, la intención de “identificar la economía humana con su forma de mercado” (Polanyi, 2009, p.77). El segundo problema se relaciona con el carácter falaz de esta pretensión: como muestra Polanyi, no existe sustento empírico o antropológico para afirmar que existe una tendencia natural a la búsqueda del interés particular. En palabras de Polanyi, “[...] hasta los tiempos de Adam Smith esa propensión difícilmente se había observado a gran escala en la vida de alguna comunidad y, cuando más, habría existido como un rasgo secundario de la vida económica” (Polanyi, 2017, p.104). Peor aún, dice Polanyi, para esos tiempos no era necesario argumentar esas afirmaciones, por lo que la falsa “psicología económica” de Smith devino verdad incuestionable: “una multitud de escritores sobre economía política, historia social, filosofía política

¹⁰ Esta definición de utilidad está íntimamente relacionada con la Teoría de Elección Racional (TER) que explica el comportamiento humano en base a tres pilares: individualismo metodológico, intencionalidad y racionalidad (Abitbol y Botero, 2005)

y sociología general habían seguido la ola de Smith y establecieron su paradigma del salvaje practicante del trueque como un axioma de sus respectivas ciencias” (Polanyi, 2017, p.105).

La originalidad de Polanyi, entonces, consiste en “suspender” – en el sentido griego de *ἐποχή*, es decir, poner en suspensión el juicio – los supuestos modernos para estudiar los sistemas económicos antiguos. A partir de esta suspensión, Polanyi notó que aquello que hoy parece natural – el sistema de economía de mercado y su modo de concebir la subjetividad – es, en realidad, una excepción histórica, un fenómeno no universalizable. Ahora bien, ¿En qué consiste este fenómeno? ¿Qué es la economía de mercado? ¿Cómo se diferencia de otras formas de producción? En el siguiente apartado abordaremos estas preguntas desde una perspectiva filosófica, es decir, buscaremos dar cuenta de la esencia de la economía de mercado más allá de la mera descripción de sus procesos técnicos.

4. Economía de mercado: autorregulación, ficción y *provocación*

Hemos dicho que la economía de mercado constituida en el siglo XIX es un fenómeno excepcional en la historia. Antes de adentrarnos en el plano esencial de la economía de mercado, es necesario referirnos a una distinción semántica de lo económico que nos facilitará el ingreso. Como afirma Polanyi, “todo intento de clarificar el lugar que ocupa la economía en la sociedad debe partir del hecho de que el término económico, usado generalmente para describir un tipo de actividad humana, está compuesto por dos significados” (Polanyi, 2009, p.75). Ambos significados son semánticamente independientes entre sí y remiten a asuntos completamente distintos. Por una parte, está el significado “formal” que “surge del carácter lógico de la relación medios-fines, como cuando usamos “economizar” (en su acepción de ahorrar) o “económico” (barato); de ahí procede la definición del término económico en términos de escasez”. Por otra parte, está el significado “substantivo” y alude al “hecho elemental de que los seres humanos, como cualquier otro ser viviente, no pueden subsistir sin un entorno físico que les sustente” (Polanyi 2009, p.75). En síntesis, lo económico refiere, en su vertiente formal, a la escasez de medios y, en su vertiente substantiva, a las necesidades de producción con independencia de su suficiencia.

El problema que identifica Polanyi surge a partir de 1870 y consiste en la pérdida de validez del sentido substancial de la economía. Polanyi ubica el surgimiento de este problema en el famoso libro de Carl Menger “Principios de economía” [Grundsätze der Volkswirtschaftslehre] de 1871. En esta obra, Menger definió que “el interés concreto de la economía era la alocaación de medios insuficientes para la subsistencia del hombre” (Polanyi, 2009, p.78) y sobre esta premisa se construiría la economía neoclásica. Ahora bien, Polanyi muestra que Menger “quiso completar sus *Principios* para que no diera la impresión de que ignoraba las sociedades primitivas, arcaicas y otras sociedades” (Polanyi, 2009, p.79). Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos¹¹, la influencia de su teoría de precios tuvo tal fuerza que “el nuevo significado *economizador* o formal de lo económico se convirtió en el significado, mientras que el tradicional, pero al parecer más pedestre, significado

¹¹ Al respecto, es importante mencionar que, como indica Polanyi, Hayek fue crucial para eliminar las aclaraciones de Menger en torno al carácter acotado de sus *Principios* del pensamiento de los economistas modernos. Más aún, Hayek concluyó que “los resultados del trabajo de los últimos años de Menger deben considerarse inútiles”. (Polanyi, 2009, p. 81)

de *materialidad*, que no estaba necesariamente unido a la escasez, perdió su estatus académico y cayó en desuso” (Polanyi, 2009, p.81).

Habiendo aclarado la distinción conceptual entre economía formal y substantiva, y comprendiendo que la economía de mercado remite solo al sentido formal, veamos ahora cómo Polanyi describe al sistema económico surgido en el siglo XIX. Comencemos por lo que Polanyi considera su característica fundamental:

En una economía de mercado, la producción y distribución de bienes materiales se lleva a cabo mediante un sistema autorregulador de mercados, regido por sus propias leyes, las así llamadas leyes de oferta y la demanda, que se basan en dos simples motivos: el temor al hambre y el deseo de ganancia (Polanyi, 2009, p.111)

Es decir, la característica central de la economía de mercado es su total independencia institucional respecto del resto del entramado social y su articulación en torno a mercados autorregulados. Como indica Polanyi, “nunca antes de nuestro tiempo fueron los mercados otra cosa que accesorios de la vida económica” (Polanyi, 2017, p.129). En efecto, la presencia de los mercados no es exclusiva del periodo capitalista. Desde el ágora ateniense sabemos de espacios ciudadanos destinados al comercio y al intercambio. Sin embargo, en toda la era preindustrial, Polanyi observó que el sistema económico estuvo sumergido en las relaciones sociales: “ni bajo el orden social tribal ni bajo el feudal ni bajo las condiciones mercantiles ha habido, como hemos visto, un sistema económico separado de la sociedad” (Polanyi, 2017, p.132). A esta característica Polanyi (2017) le llama “economía incrustada”. A partir del siglo XIX, y por primera vez en la historia, la economía se “desincrustó” de la sociedad y desarrolló reglas propias y, como hemos indicado más arriba, constituyó una subjetividad propia: el *homo æconomicus*. Pero el proceso de cambio no concluye aquí. Existe una segunda característica fundamental: la creación de mercancías ficticias. Como indica Polanyi:

La autorregulación implica que toda la producción se realiza para la venta en el mercado y que todos los ingresos se derivan de esas ventas. Por consiguiente, existen mercados para todas las producciones de la industria, no sólo para los bienes (incluidos siempre los servicios) sino también para el trabajo, la tierra y el dinero, cuyos precios serán denominados respectivamente precios de las mercancías, salarios, renta e interés (Polanyi, 2017, p.129-130)

El trabajo, la tierra y el dinero no son mercancías, pues la definición empírica indica que una mercancía es todo bien producido para ser vendido y, como es evidente, esta tríada no se ajusta a esta definición. Así lo explica Polanyi:

El trabajo es tan sólo el nombre de una actividad humana que pertenece a la vida misma [...] La tierra es solamente otro nombre para designar la naturaleza [...]. Finalmente, el dinero es tan sólo un símbolo del poder de compra que, como regla, no es producido de ningún modo sino que es creado por el mecanismo de la banca o las finanzas del Estado. (Polanyi 2017, p.133).

En síntesis, la economía de mercado modificó por completo la vida humana al instaurar un sistema económico fundado sobre la base de un mercado autorregulado desincrustado, una subjetividad económica – en el sentido formal del término “económico” – y la transformación del trabajo, la naturaleza y el dinero en mercancías ficticias.

Hasta aquí hemos descrito el sistema económico fundado en el siglo XIX, pero ¿Qué es lo esencial de este sistema? ¿Qué es lo propio de la economía de mercado? ¿Cómo se distingue, en un plano esencial, la economía de mercado de otros modos productivos? En este punto retomaremos la distinción heideggeriana respecto de la técnica y, a la luz de la descripción polanyiana que hemos desarrollado, diremos que la economía preindustrial consiste en un desocultar referido a un producir [ποίησις], mientras que la economía de mercado consiste en un desocultar provocante, pues se exhibe como una exigencia ante la naturaleza y ante el ser humano: la naturaleza es, ante los ojos de la economía moderna, una mercancía dispuesta para su explotación o comercialización; por otra parte, el ser humano es concebido como material humano dispuesto para ser tranzado en el mercado laboral. Todo está disponible para ser comercializado, todo *debe* ser comercializable, y esta es la característica central del desocultar provocante: en su provocación, impide otros modos de desocultar. Por el contrario, la economía preindustrial, en tanto que incrustada en el entramado social, *produce* en el sentido heideggeriano de “hacer aparecer” las condiciones materiales para la subsistencia, es decir, la economía se relaciona armónicamente con la naturaleza y con la humanidad porque está controlada socialmente; está sometida a las necesidades de la comunidad como un instrumento o como un medio, nunca como un fin en sí mismo.

Tras esta descripción esencial de la economía moderna como un desocultar provocante, es importante mencionar que ni Polanyi ni Heidegger vivieron para experimentar la supervivencia contemporánea de esta “mentalidad de mercado” (Polanyi, 2018). Como indica Foucault (2008), tras la crisis del liberalismo clásico emergió lo que hoy conocemos como racionalidad¹² neoliberal y que podemos definir sucintamente, en palabras de Christian Laval y Pierre Dardot, como un modo de gobierno cuya característica principal es “la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación” (Laval & Dardot, 2013, p.15). Es decir, todo lo descrito por Polanyi se encuentra hoy extremado a través de la razón neoliberal desplegada en todo lo humano¹³ y, en consecuencia, podríamos concluir que el peligro advertido por Heidegger ante la amenaza del desocultar propio de la técnica moderna alcanza su mayor grado en el presente.

¹² Remitimos a la noción foucaultiana de racionalidad. Como apunta Castro (2004), “para Foucault la racionalidad tiene ante todo un sentido instrumental: modos de organizar los medios para alcanzar un fin” (p. 475). En este sentido, Foucault acuña la expresión “racionalidad de gobierno” o “gubernamentalidad” para referirse a toda la serie de prácticas organizadas para gobernar el comportamiento humano. Por cierto, esta definición de “racionalidad” no es la misma que se utiliza en economía y que se define como una facultad del ser humano para tomar decisiones en base al uso de la razón.

¹³ Para una profundización en torno a las consecuencias antropológicas de la racionalidad neoliberal contemporánea, ver: Muñoz, A. (2020a). “Neoliberalismo y serialización: una contribución crítica al enfoque de la gubernamentalidad desde la dialéctica sartreana” en *Revista Castalia* 34: 91-108

5. Consideraciones finales

Hemos buscado mostrar, siguiendo la estructura de la reflexión heideggeriana en torno a la técnica y el estudio histórico-antropológico de Polanyi, que la economía de mercado propia de nuestra era no es un mero instrumento al servicio de las necesidades materiales del ser humano. Por el contrario, hemos definido que la esencia del sistema económico moderno es, siguiendo a Heidegger, un desocultar provocante cuya finalidad es organizar la vida en torno a las dinámicas propias del mercado autorregulado. Hemos mencionado, además, que el diagnóstico filosófico que proponemos debe tener en cuenta el despliegue acelerado e ilimitado de la dinámica de la competencia en manos de la racionalidad neoliberal – la “razón del mundo”, como la definen Laval y Dardot (2013) –, pues todas las advertencias señaladas por Polanyi han sido agudizadas. Ya no solo el trabajo es mercancía ficticia: hoy cada aspecto de la vida humana está colonizado por la lógica mercantil: educación, salud, pensiones, entre otros asuntos (Muñoz 2020a).

Cuando Heidegger (1994) reflexiona en torno al peligro de la técnica moderna, propone una actitud filosófica: la serenidad para con las cosas. De este modo, afirma el filósofo alemán, evitaremos la devastación de nuestra esencia a través de una relación de “sí y no” con la técnica. Así, a pesar de su diagnóstico pesimista respecto de la era de la técnica moderna, Heidegger, inspirado en Hölderlin, nos recuerda que el peligro conlleva salvación. Ahora bien, nos parece que la situación descrita por Polanyi y su acelerada agudización contemporánea exigen bastante más que una actitud. Sin embargo, nos parece que es posible proyectar el porvenir con esperanza si atendemos a dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, el hecho de que la economía de mercado sea una excepción histórica con supuestos limitados a nuestro tiempo, es decir, no universales ni atribuibles a la naturaleza humana, nos permite pensar la posibilidad de un futuro en el que la economía recupere su carácter substantivo, esto es, que la economía vuelva a ser un instrumento al servicio de las necesidades del ser humano y no a la inversa, como ocurre hoy. En segundo lugar, el carácter modelable de la subjetividad nos recuerda que lo que Polanyi (2018) denomina “nuestra obsoleta mentalidad de mercado”, esto es, la subjetividad entendida como mera búsqueda del interés individual, es una reducción de lo humano fundada sobre una falsa psicología económica carente de sustento empírico y que, en consecuencia, puede y acaso debe ser disputada.

Por cierto, una propuesta económica excedería los límites de este trabajo, pero nos parece que nuestra reflexión abre la puerta para retomar el anhelo polanyiano de una economía socialmente incrustada, esto es, el anhelo de elaborar un modo de producción que, lejos de la autorregulación contemporánea de los mercados, responda a las exigencias materiales de las sociedades y no a sus propios intereses. En otras palabras, nos parece que develar la excepcionalidad de la economía de mercado es una constatación inicial fundamental para comenzar a pensar la posibilidad de construir una economía instrumental, es decir, una economía que abandone su independencia social, que recupere su carácter substantivo y que vuelva a estar al servicio de la humanidad. Por supuesto, de esto no se sigue la desaparición de la crisis, pero si la economía está entrelazada con el resto de la institucionalidad social, entonces la crisis deja de ser concebida como la etapa de un ciclo que no debe intervenir para que recupere su equilibrio y pasa a ser un asunto que debe ser resuelto.

Referencias

- Abitbol, P. y Botero, F. (2005). Teoría de elección racional: estructura conceptual y evolución reciente. *Colombia Internacional*. 62: 132-145. doi: <https://doi.org/g9w2>
- Acevedo, J. (2019). “Introducción a ‘La pregunta por la técnica’” en Heidegger, M., *Filosofía, Ciencia y Técnica*. Santiago: Editorial Universitaria
- Cortés, G. (2011). “Diccionario médico-biológico, histórico y etimológico”, Universidad de Salamanca. URL: <https://dicciomed.usal.es/>
- Foucault, M. (2008). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Garcés, J. (2012). “En equilibrio no hay crisis: crítica a los supuestos neoclásicos”. *Revista Finanzas y Política Económica* 4(1): 83-111. doi: <https://doi.org/g9w3>
- Heidegger, M. (1994). “Serenidad” (Antonio Zubiaurre Trad.). *Revista Colombiana de Psicología* 3: 22-28. URL: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/15808/16639>
- Heidegger, M. (1980), “Martin Heidegger en diálogo”, en García de la Huerta I., M., *La Técnica y el Estado Moderno*. Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile.
- Heidegger, M. (2019). *Filosofía, Ciencia y Técnica*. Traducción y prólogos de Francisco Soler y Jorge Acevedo. Santiago: Editorial Universitaria.
- Koselleck, R. (2016). “Algunas preguntas sobre la historia del concepto ‘crisis’” (Mariano F. Martín Trad.). *Philosophia* 76: 101-115. URL: <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/philosophia/article/view/1872>
- Laval, C. & Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Editorial Gedisa
- Muñoz, A. (2020a). “Neoliberalismo y serialización: una contribución crítica al enfoque de la gubernamentalidad desde la dialéctica sartreana” en *Revista Castalia* 34: 91-108. doi: <https://doi.org/g9w5>
- Muñoz, Á. (2020b). “Pandemia y crisis económica. Una relación de develación”. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía* 14(Julio): 45-57. URL: <https://revistamutatismutandis.com/index.php/mutatismutandis/article/view/225>
- Nadal, A. (2019). “Crítica de la teoría económica neoclásica”. *El trimestre económico*, 86(343): 509-543. doi: <https://doi.org/10.20430/ete.v86i343.925>
- Polanyi, K. (2009). *El sustento del hombre* (Ester Gómez Trad.). Madrid: Capitán Swing.
- Polanyi, K. (2017). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (Graciela Chailoux Trad.). México: Fondo de Cultura Económica.

- Polanyi, K. (2018). *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado* (Gabriela Ventureira y Ana C. Gómez Trads.). Barcelona: Virus Editorial.
- Polanyi-Levitt, K. (2018). “Los conceptos más importantes en el trabajo de Karl Polanyi y su relevancia contemporánea” en Polanyi, K. *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schumpeter, J. A. (1997). *Teoría del desenvolvimiento económico: Una investigación sobre ganancias, capital, crédito, interés y ciclo económico* (J. Prados Trad.). Arrarte. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Vargas, G. (2006). *Introducción a la teoría económica. Un enfoque latinoamericano*. México: Pearson Educación